

Albert CARRERAS y Lúdia TORRA
Història Econòmica de les Fires a Catalunya
 Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2004, 309 pp.

Como señala A. Carreras en el prólogo del libro, ante la propuesta de estudiar el mundo ferial, la primera reacción es reconocer la importancia del tema y la necesidad de rellenar un vacío tan clamoroso en el conocimiento de la historia económica y las instituciones económicas catalanas. Y, si bien Carreras no lo añade, la segunda debió de ser la rápida comprensión del porqué de este vacío: hasta tiempos recientes, el mundo de las ferias ha sido un mundo oral por excelencia, en el que la documentación, el material constructivo de la historia, es sumamente débil. Es de agradecer, por tanto, la valentía de los autores y su capacidad para construir el cesto con tan pocos mimbres y no siempre de la mejor calidad. El resultado es, seguramente, el mejor estudio posible en la actualidad, pero resulta en conjunto sólo medianamente satisfactorio.

El libro tiene dos partes completamente diferentes, la primera destinada a las ferias tradicionales y la segunda, centrada en las ferias de muestras. Estoy por decir que las dos partes son tan independientes que, quizá, habría sido mejor no dejarse llevar por la magia de la palabra común, feria, y realizar dos trabajos separados sobre dos realidades distintas, cuya unificación sólo justifica la reciente (en términos históricos) transformación de algunas ferias locales en ferias “de muestras”, a imitación lejana de la feria de muestras por excelencia, la de Barcelona, la cual, a su vez, tampoco tiene raíz alguna en el mundo ferial anterior.

La mayor parte de la obra (cinco capítulos sobre seis) está dedicada a las ferias tradicionales. Un esforzado y sistemático rastreo de la documentación y la bibliografía existentes han permitido a los autores reunir prácticamente todo lo que se puede saber sobre las ferias catalanas tradicionales y su evolución. Por desgracia, “todo” en este caso no es mucho, siendo, además, desigual, de modo que el estudio realizado es de gran utilidad en algunos aspectos, pero deja muchas preguntas en el aire, la aportación al conocimiento de algunas etapas es muy escasa y aparecen numerosas digresiones que, a mi entender, oscurecen más que ayudan a la comprensión del tema.

Dentro del largo plazo pueden trazarse tres etapas, según los conocimientos disponibles para cada una: escasos hasta finales del siglo XVIII, unas primeras “fotos fijas” hasta mediados del XIX (Zamora, Golobardes y Madoz), y una documentación más satisfactoria a partir de la publicación anual del *Calendari del Pagès* desde 1856.

Entre los aspectos bien estudiados correspondientes a la primera etapa están los privilegios de concesión de ferias (prerrogativa real), la consolidación de la red ferial y su distribución a lo largo del año, así como el conocimiento de algunas ferias concretas mejor estudiadas (la Seu d’Urgell, Vilafranca del Penedès, Verdú...) y los litigios entre ferias demasiado próximas. Entre los vacíos que no se ha conseguido rellenar están la

escasa información sobre los siglos XVI y XVII (la Edad Moderna empieza prácticamente hablando de los viajes realizados por Francisco de Zamora en 1785-1790) y la importancia económica de las ferias en cada momento. En este punto, me permito discrepar respecto a la visión general que representan apartados con títulos como “La etapa de mayor apogeo de las ferias en la Cataluña medieval” o “Crisis, decadencia y recuperación económica de las ferias en la Cataluña bajomedieval”: la línea argumental seguida responde a la caracterización general de la economía y el comercio (que, de todos modos, fue sin duda superior en el siglo XV que en el XIII), olvidando, precisamente, que la feria triunfa en economías sin un suficiente volumen para dar lugar a un comercio continuo, en general o para determinados productos. Otro problema en la descripción de esta primera etapa es una falta de distinción clara entre feria y comercio en general, como puede verse en el apartado titulado “Los puertos como factor de crecimiento de la actividad comercial y el auge ferial”: en realidad, los puertos nunca fueron plazas feriales (la feria de Barcelona decayó muy pronto), precisamente porque la llegada o partida de las naves generaba una especie de feria no reglamentada ni con fecha fija. Lo mismo se podría decir del apartado titulado “La atracción de las ferias castellanas”: lo que en él se dice es importante para el gran comercio, pero tiene poco que ver con la actividad ferial catalana.

Para la etapa siguiente, la descripción de las diferentes ferias que hace Francisco de Zamora en su *Viaje* resulta un apoyo importante, aunque parcial. Por desgracia el *Viaje* no supera, hacia el sur, la línea Barcelona-Lérida. Con todo, gracias a él disponemos, para la zona estudiada, de una visión mucho más viva y más “económica” de las diferentes ferias. En cambio, sí son importantes para la comprensión del mundo ferial los apartados destinados a la dificultad de los transportes y a la competencia que representaban para las ferias el comercio estable y las tiendas, pero me parecen innecesarias las digresiones sobre el comercio catalán con el resto de la península en el siglo XVIII y las relativas a los nuevos modelos feriales europeos en la época moderna, apartado que se introduce, además, demasiado tarde: se refiere básicamente a los siglos XVI y XVII, con alguna mirada más atrás, pero se inserta tras la descripción de las ferias catalanas del XVIII.

La guía *Cataluña en la mano* de J. B. Golobardes, publicada en 1824, permite trazar un mapa completo de las ferias y de su calendario, y es muy útil como punto de comparación con la obra posterior de Madoz. Aunque se detectan en la obra de Golobardes algunas omisiones, el paso de las 131 ferias que recoge a las 232 señaladas por Madoz significa un aumento importante, que quizá debería hacer reflexionar a quienes, tomando como vara de medir la caída de los precios, consideran la primera mitad del siglo XIX como un momento de fuerte crisis agraria. En todo caso, Madoz significa un paso más, pero de gigante: la lista de ferias y la descripción de sus peculiaridades permite articular una buena descripción de las ferias tradicionales, tardía, pero en muchos aspectos válida seguramente para etapas anteriores (e, incluso, muy anteriores) y pos-

teriores. Como señalan Carreras y Torra, las conclusiones principales que se desprenden de su estudio son la primordial dedicación ganadera de las ferias catalanas, con predominio del ganado lanar, seguido de cerca del vacuno y con un cierto retraso del mular (p. 308), aunque si los autores hubiesen unificado todo el ganado equino, éste ocuparía el primer lugar.

La última y mejor conocida etapa de las ferias tradicionales se abre con tres hechos totalmente independientes pero casi contemporáneos; de ellos, los dos primeros iban a transformar profundamente el mundo ferial: la atribución de las competencias sobre ferias y mercados a los ayuntamientos (1853), la paulatina puesta en marcha de la red de ferrocarriles y la publicación del *Calendari del Pagés* (1856). El primero permitió una gran flexibilidad a la hora de crear o abolir ferias y mercados, lo que se tradujo en un aumento impresionante de estos acontecimientos. El segundo introdujo cambios en la distribución de las ferias y en su importancia. El tercero no transformó las ferias, pero sí nuestro conocimiento de ellas, ya que permite un seguimiento muy completo de la evolución del número de ferias, aunque no ayuda mucho a conocer su jerarquización o los bienes intercambiados en cada reunión.

El libro intenta una aportación paralela, partiendo de la distribución de las ferias según el número de habitantes de las poblaciones en que se celebraban. Aunque no se tiene en cuenta la cuestión del crecimiento de las poblaciones, que puede hacer pasar las ferias de una categoría a otra, las conclusiones parecen en conjunto suficientemente sólidas. La mayor parte de las ferias tienen como sede poblaciones de entre 1.000 y 3.000 habitantes; aunque la importancia de las villas-mercado parece evidente, se echa en falta un cálculo paralelo del número de poblaciones correspondiente a cada rango: la comparación del porcentaje de poblaciones feriales de cada tramo sobre el total de poblaciones del mismo habría permitido, sin duda, un conocimiento más ajustado de la distribución ferial.

El cambio principal en el panorama ferial acaeció, sin duda, a partir de 1955: las ferias desaparecen con rapidez o se transforman en “ferias de muestras”, con un carácter más lúdico o de incitación al consumo que de centros de contratación comercial. El número de ferias, creciente desde las 234 de 1856 a las 560 de 1955, se mantiene hasta 1974 (556 ferias) y cae a 332 el 2003, es decir, a un nivel entre el de 1856 y el de 1886. La transformación afecta también, aunque moderadamente, al momento de celebración de las ferias: sin grandes modificaciones entre 1856 y 1955, la segunda mitad del siglo XX marca un cambio en las ferias de invierno (diciembre, en vez de enero y febrero), un crecimiento de las ferias de primavera y una fuerte disminución de las de verano. El intento de visualizar estos cambios por comarcas resulta, quizá, la parte más floja del libro, tanto por el orden peculiar aplicado a la descripción, como por la desigualdad en el tratamiento. Esto se puede explicar, en parte, por la bibliografía disponible para cada zona, pero la impresión que se obtiene es la de unas páginas redactadas con excesiva celeridad, que resultan manifiestamente mejorables.

La segunda parte del libro (capítulo 6) se destina al “Origen y desarrollo de las ferias de muestras en Cataluña”. A decir verdad, sorprende el escaso desarrollo de esta segunda parte (un capítulo sobre seis), correspondiente al momento en que existe la información, sobre todo estadística, tan escasa en la etapa anterior. En el capítulo se hace una buena, aunque un tanto desordenada, exposición del origen de las ferias de muestras, que tiene poco que ver con las ferias tradicionales y mucho con las exposiciones universales e, incluso, con las exposiciones industriales, que cabe rastrear desde el siglo XVIII, y se destaca que la gran difusión de las ferias de muestras tiene lugar en el marco económico de dificultades comerciales posterior a la I Guerra Mundial: la creación de la Feria de Muestras de Barcelona (1920) es paralela a la de otras 17 ferias en el espacio de cinco años.

Se relatan también las conflictivas relaciones con Valencia, que había creado la primera feria de muestras española (1917) e intentaba evitar la competencia que representaban la nueva feria barcelonesa. Lo curioso es que, tanto la feria de muestras de Valencia como la de Barcelona, nacen por iniciativa de sectores industriales muy secundarios (los gremios de fabricantes de juguetes, a los que se añadirán otros parecidos); de hecho, los sectores empresariales importantes entran en el mundo de las ferias bastante tarde y a remolque: el impulso definitivo para la creación de la Feria de Muestras de Barcelona surgió de la Asociación de Atracción de Forasteros (una entidad de fomento del turismo), la cual supo obtener el apoyo de las principales corporaciones oficiales y patronales para que la primera Feria de Muestras de Barcelona abriese sus puertas en octubre de 1920. Ésta fue suprimida por la Dictadura de Primo de Rivera, que ocuparía su recinto para la organización de la mal llamada Exposición Universal de 1929, al mismo tiempo que reservaba al Estado el derecho a organizar ferias de muestras. Aunque la II República conservó la intervención estatal, la persistencia de las instituciones barcelonesas permitió reanudar la Feria de Muestras en 1933. A pesar de que sólo se celebraron cuatro ediciones, éstos fueron sin duda los años de consolidación de la Feria de Muestras, tanto desde el punto de vista organizativo, como desde el de su ubicación y fechas de celebración.

Tras el paréntesis obligado de la Guerra Civil, las ferias de muestras se restablecieron en 1942; de hecho, desde Barcelona y, en concreto, desde la Cámara Oficial de Industria, se venían haciendo gestiones desde 1939. A partir de 1942, la feria volvió a abrir sus puertas bajo el nombre de Feria Oficial e Internacional de Muestras de Barcelona y la dirección alternada de las Cámaras Oficiales de Industria y de Comercio y Navegación. Aunque los autores indican que el lapso de máximo esplendor de la feria fue del fin del boicot internacional en 1948 a la división de aquélla en salones especializados en 1967, los datos que aportan (p. 245) muestran claramente que el gran cambio, en todos los aspectos, se produjo con el fin de la II Guerra Mundial: el valor de las mercancías expuestas se multiplicó por más de diez de 1944 a 1945, aunque las transacciones sólo crecieron algo más del 50 por 100. De hecho, 1945, 1946 y 1947 son años de recuperación, de intento de reequipar las industrias (la compra de la maquinaria en exposición facilitaba la obtención de los permisos y las divisas necesarios para la importación), seguidos de un fuerte bache: las ventas de 1947 no se superaron hasta 1956. Sin embar-

go, la feria había ganado entretanto en popularidad: entre esos mismos años, el número de visitantes había crecido casi un 50 por 100 y el valor de las mercancías expuestas se había multiplicado por 4,5. La década de los sesenta fue el gran momento de la Feria de Muestras de Barcelona. Por desgracia, los cuadros estadísticos sobre la actividad de la misma entre 1942-1968 (p. 245) y 1968-1982 (p. 252) no son homogéneos, cosa que parece debería haber sido factible con poco esfuerzo. Sin embargo, permiten señalar que, aunque el máximo de visitantes se alcanzó en 1957, el número de países y expositores participantes y la superficie ocupada lograron el suyo en 1968. Hay que tener en cuenta, no obstante, como destacan los autores, que la disminución del negocio ferial tiene un sentido distinto del que podría deducirse a primera vista: no se trata de un momento de contracción económica, sino del paso de una economía cerrada, en la que la feria había significado una ventana abierta durante quince días, a una economía abierta, donde tal ventana resultaba redundante, salvo como escaparate de novedades.

La lógica del proceso llevaría al paso siguiente: la paulatina sustitución de la feria por salones especializados: de 1964 (año de su reglamentación) a 1978 se crearon 25 salones de este tipo; de 1979 a 1990, otros 44. Mientras, la feria decaía rápidamente hasta su última edición en 1991: la celebración de los Juegos Olímpicos de 1992, que en parte ocupaba los recintos feriales, fue la ocasión propicia para liquidarla. Distintos salones, incluso, acabaron radicándose en el espacio ferial madrileño.

En los últimos años, tras una fuerte crisis de competencia exterior (debida, sobre todo, a la irrupción de Madrid en el negocio ferial, con espacios, organización y medios muy superiores) y de desavenencias interiores, la feria ha inaugurado nuevos y más amplios espacios y ha iniciado muchos salones, pero la mayoría en sectores muy secundarios desde el punto de vista económico. El complejo feria-salones exhibe un fuerte crecimiento en términos absolutos, pero un claro retroceso en términos relativos.

Finalmente, la obra reseñada se refiere a la proliferación de ferias de muestras de distinto abasto (de "internacionales" a "locales") y especialización, en la segunda mitad del siglo XX. Destacan, entre ellas, las de Gerona, Lérida, Manresa y Reus por la construcción de nuevos recintos feriales, y como momentos más importantes, la década de 1980 y, en especial, la de 1990.

Los apartados dedicados a los salones monográficos y a las ferias no barcelonesas saben a poco: apenas se destinan unas líneas a los principales salones, y otros muchos no aparecen más que como unas siglas no siempre fácilmente identificables; ni salones, ni ferias merecen el más mínimo estudio estadístico. En este sentido, la historia económica de la feria de muestras como organización sigue por hacer: da la impresión de que el libro había superado ya el tamaño o el tiempo disponibles.

El libro termina con unas apretadas páginas de conclusiones que representan un buen resumen del mismo. En conjunto, es una obra importante, de referencia obligada, pero que, sobre todo en la última parte, sabe a poco.

Gaspar Feliu i Monfort
Universidad de Barcelona